



NIEVES
HERRERO
EL JOYERO
de
LA REINA

El amor pasa, las joyas permanecen

Una gran novela sobre las joyas de las reinas de España que marcaron la dramática vida de Victoria Eugenia y, un siglo después, luce doña Letizia.

Las joyas son fieles guardianas no solo del paso del tiempo, sino de los grandes secretos de amor y desamor de quienes las han llevado. Las reinas las han lucido como amuletos y también como símbolos de poder.

En estas páginas se da una visión diferente y original de Victoria Eugenia de Battenberg, la última reina española antes de la Segunda República. Llegó de Inglaterra a España en 1906 para contraer matrimonio con Alfonso XIII, trayendo consigo un aire nuevo a la corte y suscitando muchas críticas por lo que se consideraban transgresiones. Entre conspiraciones políticas, atentados, desengaños y el exilio, transcurrió su existencia.

Mientras su vida se iba desmoronando debido a la enfermedad de la sangre que heredaron algunos de sus hijos y a las constantes infidelidades del rey, su joyero, Ramiro García-Ansorena, le fue enseñando la historia y la vida de las reinas de España a través de sus joyas. También le hizo comprender que los diamantes, las perlas y las piedras preciosas serían su fuerza y su seguridad: «Una joya es lo único que dura para siempre». Su extraordinario collar de brillantes fue creciendo a la par que el desamor del rey hacia ella, ya que él le regalaba joyas para comprar su perdón.

Victoria Eugenia, Ena, dejó en su testamento las «joyas de pasar» que hoy están en manos de la reina Letizia. Todas ellas albergan secretos, algunos terribles. Como dice la protagonista: ¿Es cierto que ser reina no da la felicidad?

A Nicolás, por llenar de luz nuestras vidas.

Siempre me pregunto cuál es la historia que se esconde
detrás de una joya.

VICTOIRE DE CASTELLANE

Directora Creativa de Alta Joyería de Christian Dior

La joyería es el último vestigio que queda de la mayoría de
las civilizaciones.

THEO FENNELL, diseñador de joyas

Las perlas te harán brillar como la luz de la Luna.

COCO CHANEL

Las joyas reales son la otra crónica de la historia de las monarquías; el legado más hermoso que han dejado reyes y reinas tras su paso por este mundo. Su querencia por las gemas y piedras preciosas son un fiel reflejo de sus reinados: desde los más austeros hasta los más opulentos. Ya sea bajo regímenes absolutistas o constitucionalistas, las joyas han servido como amuletos, símbolos del poder, regalos de amor o presentes envenenados; víctimas del expolio codiciado por todos, e incluso, tabla de salvación para muchos nobles en el exilio.

El oro, símbolo sagrado del Sol, les hacía sentirse descendientes del astro rey. El diamante, el más duro de los materiales naturales conocidos, el *adámas* de los griegos, simbolizaba la pureza, el amor y la valentía. El rubí, la piedra preciosa mejor valorada por la realeza debido, en gran medida, a la leyenda que atribuía la colocación de esta en el collar de Aaron a la voluntad de Dios. Algunas dinastías creyeron ver en su brillo el refulgir de un fuego eterno que ardía en su interior. El zafiro, considerada la piedra protectora por excelencia, ya se creía que atraía el favor divino. No en vano, la tradición sostiene que las tablas de la ley que recibió Moisés en el monte Sinaí se hallaban grabadas en esta piedra. Pero si ha habido una gema que destacara sobre las demás por su belleza y atractivo para los reyes, esa ha sido, sin lugar a dudas, la perla.

A lo largo de la historia, las perlas siempre han ocupado un lugar preferente en los joyeros reales. La perla natural, del latín *permula* –una especie de ostra– es posible que fuera la primera gema conocida por el hombre, ya que no necesitaba tratamiento alguno para resaltar su hermosura. Debido a su rareza y a su extraordinaria belleza,

representan el amor y el afecto. Incluso, han marcado para siempre la historia de algunas dinastías. Tanto es así que princesas y reinas de todas las épocas las han recibido como regalo de compromiso o las han elegido para lucirlas en sus bodas. Pero la importancia de las joyas no solo reside en la historia de la que han formado parte, también por su complicidad en los grandes secretos de amor y desamor de quienes las han portado, convirtiéndose en grandes testigos silenciosos.

PRIMERA PARTE

Año 2014

–¿Estas son las joyas de Victoria Eugenia? –preguntó la reina Letizia al comenzar a examinar las alhajas que acababa de traspasarle la reina Sofía.

Durante unos minutos, bajo la atenta mirada del jefe de su Secretaría, José Zuleta, duque de Abrantes, fue abriendo los estuches uno por uno. Se quedó unos segundos contemplando la tiara de las flores de lis, sin hacer ningún comentario. El duque habló entonces:

–Son las llamadas «joyas de pasar», que dejó la bisabuela del rey, en un codicilo testamentario. Las tenía en gran estima, de ahí que quisiera que las más importantes estuvieran siempre en manos de las reinas de España. Se cuenta que, en ocasiones, estando convaleciente en la cama, hacía que le trajeran parte de su colección para mostrársela a sus damas. Parecía entonces que mejoraba y que desaparecían todos sus padecimientos al verla. Se sentía muy orgullosa de su joyero. La pieza que está contemplando, la tiara de las flores de lis, la lució la reina Victoria Eugenia por última vez en el baile de gala que los condes de Barcelona ofrecieron en el hotel Luz Palacio de Estoril en 1967, la víspera de la boda de la infanta Pilar de Borbón.

En ese momento, entró en la estancia Eva Fernández, encargada del estilismo de la reina. Se disculpó por interrumpir la conversación y se quedó fascinada contemplando las cajas abiertas... Después de examinar todas las joyas se dirigió a la reina.

–Me gusta mucho ese broche de perlas grises. Lo lucirá en alguna fecha especial.

–Ese broche –continuó el duque– lo lució Victoria Eugenia en numerosas ocasiones. Era una de sus joyas preferidas.

La reina dejó para el final un pequeño estuche misterioso, de cierre hermético y forrado en plomo. Por fin se decidió a abrirlo. Le dio varias vueltas con una pequeña llave y en su interior halló una bolsita negra de terciopelo.

–¿Por qué está cerrada bajo llave esta bolsita?

–Porque la joya que protege es la más emblemática de todas –añadió el duque.

–¿La Peregrina? –preguntó la reina Letizia con curiosidad, mientras sacaba la grandiosa perla en forma de pera sin perderla de vista en ningún momento. Iba unida a un broche de brillantes de una gran belleza.

La majestuosa pieza brillaba con luz propia sobre la palma de su mano derecha. La perla eclipsó al resto de las joyas. Parecía imposible apartar la mirada de algo tan hermoso. Había algo en ella que atrapaba con la fuerza de un imán, como si poseyera un poder especial. El misterio que la rodeaba despertó su curiosidad.

–¿Es la auténtica Peregrina? –insistió la flamante reina al jefe de su Secretaría.

–La reina Victoria Eugenia así lo creía...

–¿Puedo añadir algo? –preguntó Eva Fernández–. De lo que sí estamos seguros es de que forma parte de las consideradas como «perlas malditas» –lo dijo en un susurro, sin atreverse a mirar a los ojos a la reina. Me lo ha dicho alguien que sabe mucho de gemas.

–¡Qué cosas tienes! Entre las «joyas de pasar», esta sin duda es la más valiosa. Leí en algún libro que se la regaló Alfonso XIII a Victoria Eugenia por su boda.

–Yo la volvería a guardar bajo llave en el estuche forrado en plomo en el que ha venido. Dicen que las perlas son seres vivos que recogen todas las vivencias, buenas y malas, de quienes las han llevado –insistió la estilista–. Es la clase de joya que, por si acaso, resulta mejor no poner-

sela jamás. Tiene forma de lágrima. ¡No me gusta! ¡Mejor no tentar a la suerte!

La reina se quedó mirando la perla y el resto de las piezas con curiosidad. «¿Qué vivencias y secretos encerrarán? El hecho de que las lucieran mis predecesoras no significa que las hicieran felices. Ser reina no te da la felicidad», pensó. Finalmente, volvió a guardar la fabulosa perla junto a su broche en la bolsita de terciopelo negro donde descansaba desde hacía años. Acto seguido, la depositó en el interior del joyero con mucho cuidado.

Eva lo cerró rápidamente y le dio varias vueltas a la llave para convencerse de que la emblemática gema había quedado bien guardada.

A los pocos días de la proclamación de Felipe VI, la reina Sofía había encargado que las «joyas de pasar» fueran enviadas a la estancia privada de doña Letizia. Acompañaban al conjunto dos copias de un codicilo ológrafo en papel timbrado de la Vieille Fontaine, la residencia suiza durante el exilio de la reina Victoria Eugenia. En él hacía referencia expresa a sus joyas:

Las alhajas que recibí en usufructo del rey don Alfonso XIII y de la infanta Isabel son las siguientes:

- Una diadema de brillantes con tres flores de lis.
- El collar de chatones más grande.
- El collar con 37 perlas grandes.
- Un broche de brillantes del cual cuelga una perla en forma de pera, de nombre la Peregrina.
- Un par de pendientes con un brillante grueso y brillantes más pequeños alrededor.
- Un broche con una perla grande gris pálido, rodeada de brillantes, del que cuelga una perla en forma de pera.
- Dos pulseras iguales de brillantes.
- Cuatro hilos de perlas grandes.

Desearía, si es posible, se adjudicasen a mi hijo don Juan, rogando a este que las transmita a mi nieto don Juan Carlos. El resto de mis alhajas, que se repartan entre mis dos hijas.

Cuando Letizia leyó la voluntad de la bisabuela del rey Felipe, se quedó pensativa. Aquellas eran las joyas que debería transmitir en su día a la princesa de Asturias. De entre todas, una le había fascinado sobre las demás: la magnética Peregrina.

Tras permanecer unos minutos en silencio preguntó.

—¿Hay alguien que se encargue de supervisar las joyas?

—Sí, desde hace más de un siglo la familia Ansorena desempeña ese cometido —le informó el duque—. La relación con la casa de joyeros empezó con Celestino Ansorena al final del reinado de Isabel II. Le sustituyó su yerno, José María García Moris, en la época de la reina María Cristina y a este le relevó su hijo Ramiro, que se convirtió en el joyero de la reina Victoria Eugenia poco tiempo antes de la boda real. Era una persona de tanta confianza que cuando entraba en palacio le anunciaban como: «de casa». Fue un gran apoyo para la reina a su llegada a España. Hablaba perfectamente inglés y francés. Gracias a sus largas conversaciones sobre perlas y todo tipo de joyas, consiguió que olvidara muchas de las penalidades que le tocó vivir.

La reina Letizia permaneció en silencio y, al cabo de un rato, se dio media vuelta y dijo en voz alta:

—Necesito conocer en detalle la historia de estas joyas...

1

El gran día

31 de mayo de 1906, Madrid

Las calles de la corte se habían engalanado con banderas y guirnaldas. Gente venida de toda España, que quería presenciar el paso del cortejo nupcial, se agolpaba a lo largo de todo el itinerario desde primera hora de la mañana. Los curiosos habían llegado la noche anterior en diligencias, en coches de caballos y en tren. Las calles principales estaban atestadas de personas que se peleaban por conseguir un buen sitio desde donde poder ver bien a los novios.

Tanto en la capital como en El Pardo escaseaban los alojamientos. A la mayoría de los invitados extranjeros hubo que ubicarlos en las casas particulares de los nobles españoles.

Días antes de la ceremonia nupcial, la princesa Victoria Eugenia de Battenberg dio un paseo en coche y pensó que le costaría adaptarse a su nuevo hogar. Quedó impresionada por lo pequeña que le pareció la ciudad de Madrid en comparación con Londres... Solo había un hotel en condiciones, el París, ubicado en la calle Alcalá, haciendo esquina con la puerta del Sol. En él, se alojaban los periodistas que cubrirían la boda real y también algunos de los representantes de la nobleza.

El 31 de mayo, en el Palacio de El Pardo, donde tenía sus aposentos la futura reina, llevaban trabajando en las caballerizas enjaezando los caballos desde las tres de la madrugada.

En las habitaciones también había movimiento. Victoria Eugenia daba vueltas en la cama incapaz de conciliar el sueño. Miraba sin descanso el reloj de pared que presidía su habitación. Tenía la sensación de que las manillas no avanzaban, y el día de su boda no llegaría nunca. Cuando dieron las cinco, no pudo aguantar más y se puso en pie para comenzar a prepararse para el gran día. No tardaría en llegar su prometido, el rey.

A las seis y media apareció Alfonso XIII en el Palacio de El Pardo, conduciendo su Panhard 50 de color azul, el coche de moda en la alta sociedad. Iba vestido de almirante, haciendo gala de una energía fuera de lo común a esas horas tan tempranas. Desde que superara una meningitis de niño, derrochaba vitalidad y dinamismo a cualquier hora del día; el ejercicio físico se había convertido en su principal aliado.

Su futura esposa y él cruzaron sus miradas. Sobraban las palabras. Al rey le gustaba perderse en los ojos claros de Ena, como la llamaba familiarmente. Eran de un tono azul muy claro, y cuando fijaba la mirada en su interlocutor tenía la impresión de que podía adivinar su pensamiento. No estaba acostumbrada a sonreír, aunque al lado de Alfonso era imposible no hacerlo. Oyeron misa y después desayunaron observando cómo el sol se abría paso con rotundidad, dejando a la vista un cielo propio de Velázquez.

Victoria Eugenia se había bautizado, o mejor dicho rebautizado, para la boda —hasta entonces había sido anglicana—. La ceremonia tuvo lugar dos meses antes en el Palacio de Miramar, en San Sebastián, en la capilla privada de la reina María Cristina, madre del rey. Fue adornada con cientos de rosas y claveles blancos para la ocasión. Una imagen que se le quedaría grabada a la joven princesa en su memoria para siempre.

Ena apenas probó bocado durante esas primeras horas del día. Resultaba evidente que estaba muy nerviosa. Des-

pués de pensar tanto en los preparativos de su boda, había llegado el momento.

–Deberías comer algo más –le sugirió en francés el rey con una amplia sonrisa, mientras él se tomaba unos huevos fritos.

Este cogió un trozo de pan y comenzó a mojarlo en la yema ante la mirada atónita de Victoria Eugenia.

–¿Nunca has visto comer los huevos de esta manera?

–No.

–¡Pues en España los comemos así! –se echó a reír–. Ena, ¿no quieres probarlos?

Victoria Eugenia puso un gesto de desagrado y rechazó la invitación del rey.

–¡No sabes lo que te pierdes!

La gente del servicio sonreía ante esta ocurrencia de Su Majestad, que no había perdido el apetito a pesar de encontrarse a pocas horas de su enlace. El noveno monarca español de la casa Borbón estaba acostumbrado a hacer su voluntad. Nacido tras el fallecimiento de su padre, el rey Alfonso XII, había sido criado y consentido por su madre, María Cristina de Habsburgo-Lorena, que ejerció la regencia hasta la mayoría de edad de su hijo, a los dieciséis años. Desde niño se supo con poder y pronto aprendió que siempre se hacía su voluntad. Rodeado de mujeres: su madre, sus dos hermanas, sus tías y las demás damas de la corte, ejerció de rey antes de serlo oficialmente.

La educación de Victoria Eugenia había sido muy diferente, mucho más rígida que la de su prometido. Descendía de la reina británica Victoria I, que había reinado durante sesenta y cuatro años dejando la impronta de su rígida personalidad en toda la familia real. Ena era su última nieta. Su madre, la princesa Beatriz, también había sido la última y más querida de sus hijas. Una estricta educación desde niña había marcado la corrección en sus modales, que mantenía incluso en la intimidad.

–¡Ena! –le dijo el joven rey que trece días antes había cumplido veinte años–. Tendrás que aprender el idioma si quieres ganarte el corazón de los españoles.

–Ya casi lo entiendo –le contestó en francés–. Menos cuando habláis entre vosotros muy rápido.

Alfonso se echó a reír, apuró de un sorbo el café que le quedaba en la taza, y se despidió de su prometida, que debía prepararse para las nupcias.

A las ocho y media salieron juntos en un automóvil negro con cortinillas en compañía de la princesa Beatriz, la madre de Ena. El rey fue el primero en bajar del vehículo al llegar al Palacio Real. Se despidió de ellas y besó la mano de Victoria Eugenia.

–Esto ya no hay quien lo pare, Ena.

–Es el gran día –comentó la princesa Beatriz.

Victoria Eugenia se quedó mirándole con una leve sonrisa. No podía ocultar sus nervios. Madre e hija continuaron el viaje camino del Ministerio de la Marina, donde se vestirían para la ceremonia. Alcanzaron a oír los aplausos que el pueblo llano le dedicó al rey al bajar a pie por la calle Bailén y entrar andando por la puerta del Príncipe.

Dos coches de la caravana se desviaron siguiéndolas a ellas. En el primero viajaban dos de las doncellas que habían viajado a España para quedarse con la princesa Victoria Eugenia; las acompañaban dos oficiales españoles que trasladaban todas las cajas con los trajes de la novia y de la princesa Beatriz. En el segundo iban los tres hermanos de la princesa Victoria Eugenia: el mayor, Alejandro, iba vestido con el uniforme de la Royal Navy, y los otros dos, los príncipes Leopoldo y Mauricio de Battenberg, con trajes tradicionales propios de los *highlanders* escoceses.

Cuando comprobaron que el pueblo de Madrid se había echado literalmente a la calle, Ena se emocionó. Su madre no recordaba haberla visto llorar... y se quedó muy sorprendida. Dos toques de corneta anunciaron su llegada al «palacio tocador», como llamaban al Ministerio, habi-